

Una aventura de intriga
y suspense de Gabriel Caballero

MEDIANOCHE

A silhouette of a person standing with their back to the camera, looking out over a city at night. The person is positioned in the center of the frame, with their arms slightly away from their body. The background is a dark, cloudy sky with a hint of sunset or sunrise colors near the horizon.

EN

LISBOA

PABLO POVEDA

Caballero está a punto de morir. Sabe algo que no logra recordar. Un secreto que debe permanecer oculto. Alguien quiere asesinarlo antes de que descubra la verdad. Gabriel Caballero viaja a Lisboa. Finalista de un concurso literario europeo, descubre que algo extraño sucede entre los escritores que participan en él. Una noche de diversión terminará con el peor de los finales: un cadáver. Alguien tiene interés en que el periodista calle para siempre. Por las avenidas de la misteriosa capital lusa, Caballero tendrá que resolver un enigma que en podrá en juego su vida y la de quienes le rodean. Desconoce que, en esta ocasión, la verdad tiene un precio demasiado alto.

*A ti, por leerme y hacerlo siempre posible,
gracias.*

*Es probable que comenzara con la poesía; casi
todo comienza en ella.*

Raymond Chandler.

CAPÍTULO 1

Solo junto al agua podía sentir lo pequeños que éramos en esta vida. Solo junto al agua podía apreciar que no era más, ni mejor, que las gaviotas que sobrevolaban mi cabeza. Allí, frente al final del río Tajo y bajo la estatua del antiguo monarca José I de Portugal, montado a caballo y con la punta de su espada apuntando a mi cabeza, me encontré rodeado de turistas despistados y carteristas ávidos en la histórica y espléndida praça do Comércio, una bella y cuidada explanada cuadrangular bordeada de edificios con fachadas amarillas de amplios ventanales, columnas arqueadas, tejados de color rojizo y un gran arco al otro lado del monumento, que daba paso al entresijo de calles empinadas que daban vida al casco viejo de la capital. El taxista, un hombre despeinado de poca conversación y al volante de un viejo Mercedes de color vainilla, como muchos de los que circulaban por allí, me llevó hasta la Pousada de Lisboa, el céntrico hotel que habían reservado para mi visita y que se ubicaba tras una de aquellas fachadas llamativas. Al parecer, un lugar histórico reformado y apto para quienes tenían el bolsillo holgado. Después de dejar mi ligero equipaje y observar que no había nadie esperándome en la habitación, salí a cruzarme con el destino.

Sin saber muy bien cómo y tras un largo paseo, la intuición periodística me arrastró hasta la barra del Palácio Chiado, un distinguido edificio del siglo XVIII, de salones centenarios, decoración aristócrata y por el que habían pasado todos los vividores de la historia. Aunque no me considera-

ba un personaje de la élite, no pude resistirme a cruzar la alfombra roja cuando escuché *Filidia* de Coltrane interpretado por una banda de jazz que actuaba en el interior. Ante mí, una enorme entrada principal convertida en bar y comedor, donde los invitados tomaban cócteles y charlaban. Al fondo, mis ojos se cruzaron con los de la saxofonista de la banda, una chica de tez oscura y cabello negro como el carbón que movía los dedos con una soltura angelical. Le esbocé una sonrisa, pero ni siquiera estaba seguro de que era a mí a quien miraba. La música llenaba el palacio y las escaleras de mármol subían hasta una primera planta. Seguí el ritmo de las notas y me escabullí curioso con el fin de sacar partido de mi experiencia. Cuando alcancé el piso superior, encontré la figura de un monstruoso león con alas que colgaba de la cúpula del palacio. De color rosáceo, la sala estaba ocupada por mesas de color madera y una entrada daba paso a otro comedor con vistas al balcón. Bajo el felino encontré una barra, a dos camareros jóvenes, un chico y una chica, y di por finalizado mi periplo por el lugar. Hipnotizado por las notas del maestro, me acerqué a la barra y, sin mirar a la carta, pedí en inglés un combinado de ginebra con tónica. La chica sonrió, yo forcé el hoyuelo que salía de mi mejilla derecha y nuestro amor se desvaneció tan pronto como hube pagado mi consumición.

Me fijé en el lugar, en sus visitantes y en quienes rondaban por allí: mujeres, hombres, parejas de jóvenes, de adultos, niños... Todos bien vestidos, todos ocultos bajo sus máscaras de bienestar y vidas plenas. Todos con el teléfono entre sus manos, incapaces de disfrutar de las piezas musicales que una panda de locos talentosos habían dejado para la posteridad. Sin más ánimo que el de gozar de la compañía de mi brebaje, una dulce rubia, de posible origen escandinavo, cruzó un pestañeo conmigo. Esta vez, estaba seguro de que era a mí a quién observaba. Sonreí y alcé mi copa sin más pretensión que la de ser amable. Ella me devolvió la mueca y caminó hasta una de las mesas. Iba junto

a dos chicas y un chico. Él parecía portugués o de origen mediterráneo. Ellas no eran de allí, no había más que verlas. A veces, me preguntaba qué había al otro lado de las fronteras cuando observaba la mirada de los turistas, sorprendidos por cualquier cosa y en cualquier lugar. En ocasiones, envidiaba esa sensación ya que, siendo tan joven, había perdido el interés por lo novedoso. Las chicas se sentaron, un camarero las atendió y apoyado en la barra disfruté del concierto y de sus ojos cuando avisté la entrada de un joven. Yo, que era el primero al que todos verían al subir las escaleras, percibí algo extraño en su forma de actuar. Era apuesto, más alto que yo e iba bien peinado y vestido, enfundado en un traje de color gris a rayas, camisa blanca y zapatos de color burdeos. Con esa barba de varios días, que todos los hombres se habían puesto de acuerdo para lucir al mismo tiempo, y un ademán seductor, se abrochó el primer botón de la chaqueta mientras sus ojos se dirigían al bolso de la chica.

Curioso, cavilé qué haría. Decidí dejarme los prejuicios fuera, ya que estaba al otro lado de la frontera. El chico se dio cuenta de que lo estaba vigilando y caminó hasta el salón fingiendo que buscaba a alguien. Tal vez fuesen cosas más, que el cóctel se me hubiera subido a la cabeza demasiado rápido, quise pensar. Así que me di la vuelta con el fin de olvidarme de aquello. Con los ojos puestos en el grifo de cerveza plateado, vi de nuevo su silueta. El chico alargó la mano al pasar junto a la mesa, sacó el monedero de la chica y se lo echó al bolsillo.

Lo que más me fastidiaba de aquello, era que no terminaría de escuchar el concierto.

De repente, me giré y lo encontré con los ojos.

—¡Eh! —Grité y señalé con el dedo. Nada más verme, salió disparado como un perdigón por las escaleras, echando a la gente a un lado. Fui tras él peldaños abajo empujando al público y derramando sus copas al grito de disculpa. Al llegar al salón, los guardias de seguridad ya se ha-

bían puesto en marcha hacia mí, pero no quedaba rastro del tipo. Miré hacia un lado y hacia otro. Los músicos parecían malhumorados y todos me señalaban con el dedo. Por el rabillo del ojo, atisé a una gacela humana bajo uno de los arcos que conectaban los salones. Corrí a zancadas en sentido contrario y me situé en la esquina. Cuando un hombre corpulento con un pinganillo en el brazo estaba a punto de detenerme, le hice una señal de silencio con el índice y se quedó de piedra. Acto seguido, escuché los pasos del ladrón, su respiración, parecía agotado e intentaba relajarse. Cuando noté la punta de su zapato cruzar el umbral de la esquina, lo sorprendí con un puñetazo en la boca del estómago. Sin apenas derrumbarse, me devolvió un mandoble en el pómulo, se escuchó un gemido y el grandullón se abalanzó sobre nosotros.

—¡Es un ladrón! ¡Ladrão! —Exclamé con las manos en alto, ahogándome paralizado y mezclando la astucia con mi escasa noción del idioma vecino. Antes de que me asfixiara, señalé al ladrón antes de que se complicara la situación. El grandullón no tardó en echar mano a su ropa. En el bolsillo de la chaqueta, el chico llevaba un teléfono móvil y el fino monedero de la hermosa rubia.

Minutos después, cuando todo estaba resuelto, aguantaba un cubito de hielo en una bolsa de plástico sobre mi rostro. La policía se había hecho cargo del delincuente que, al parecer, no era la primera vez que actuaba por allí. El pillaje y las ganas de aprovecharse de los despistes ajenos. No importaba dónde estuvieras, que nunca te librarías de ellos. Tras una disculpa y una copa en la barra a cuenta del local, todo el mundo regresó a la normalidad, la música volvió a sonar y yo me sentí realizado. No sé muy bien por qué lo hice. Puede que la vida llamara a mi puerta, que lo estuviera haciendo tanto tiempo que me había hartado de ignorar sus golpes. De cualquier modo, había hecho lo correcto y

eso era lo que importaba en esa situación. Alguien dijo una vez que el fin justifica los medios, pero no siempre estaba de acuerdo con esa frase. Como recompensa, frente a mí aparecieron los ojos azules de aquella doncella del norte con cabello rubio y vestido rojo.

—Ha sido muy valiente, gracias —dijo ofreciéndome su mano con sus acompañantes detrás—. Mi nombre es Elina.

—¿Sueca?

—Finlandesa —dijo y mi cuerpo tembló. Tuve un mal presentimiento de todo aquello—. ¿Cuál es el tuyo?

—Gabriel —respondí y solté su mano. Comencé a sudar nervioso. Solo pensaba en terminar la copa y largarme de allí. Pensé que quizá mi malestar se debiera a causa del golpe que me habían dado—. Gabriel Caballero.

—¿Cómo puedo agradecerte el favor, Gabriel? —Preguntó distante aunque amable bajo un gesto cargado y vacío de intenciones al mismo tiempo. Sus ojos eran azules como el Tajo y me llevaban a una infinidad de ideas imposibles de realizar. En cuestión de segundos, olí el champú de su pelo y me imaginé los derroteros del peligro. Di un trago largo, vacié el vaso y lo puse sobre la barra.

—Lo siento, no puedes.

Y pensé en ella. Eso fue lo único que me salvó.

Pronto comencé a entender que la vida era como un tiovivo de subidas y bajadas, de ciclos intermitentes y de pasajes que se repetían una y otra vez, sabiendo que ya había estado allí, como quien lee un libro por segunda vez; disfrutando la vista con otro filtro, viendo las fachadas de los edificios desde otro perfil. Y, un día, sin más, cuando creías entender cómo funcionaba aquello, alguien tocaba la campana y te obligaba a apearte para dar paso a los nuevos. Sin embargo, a diferencia del tiovivo, al carrusel de la vida solo se podía subir una vez.

El Lorenzo golpeaba con fuerza contra los cristales de mis gafas de sol. Allí, en el barrio de Chiado, bajo el esplendor de un sol brillante y un cielo raso, un Luís de Camões de bronce, fiel a su imagen y junto a su espada, dominaba la plaza portuguesa que llevaba su nombre. Sin compañía y con un *Negroni* en la mano para hacer frente al frenesí que acompañaba a la capital lusa, me encontraba cómodo en un viaje atípico pero agradable. El asunto no había empezado mal del todo. Mi última novela, de la cual no había vendido demasiado, había sido finalista en la final de un certamen literario en Lisboa. Viajar hasta allí me sentiría bien. En cierto modo, lo necesitaba. Apenas había transcurrido un año desde los macabros sucesos en Elche. Poco a poco, la vida volvía a la normalidad, pero a mí me costaba conciliar el sueño. La cara de aquel joven, David Miralles, seguía apareciéndose durante mis pesadillas. Lo había intentado todo: Soledad, Coltrane, los ansiolíticos... pero nada funcionaba. Después, con el tiempo, me di cuenta de que había interpretado mal las señales. Mi problema no era la presencia de ese perturbado sino las excusas que ponía para sentarme frente a la página en blanco. Una verdad a medias por la que empezaré a contar, dejando la otra mitad, para más tarde.

Tan pronto como decidí plantarle cara al asunto, no tardé más de unos meses en darle cera al primer borrador del manuscrito. Estaba inspirado, me sentía pletórico, cargado de las palabras perfectas para volver a esa experiencia maldita. Supuse que sería la continuación de mi carrera, el bofetón a las reprimendas de mi agente editorial y la razón para pasar, un año más, de vacaciones con el cinturón holgado. La historia se repetía. Unas llamadas a Sempere, el abogado fanático de su ciudad, y la colaboración de Soledad, que seguía trabajando en la comisaría ilicitana, fueron suficientes para montar una novela negra sobre un asesinato local. Prácticamente, no hice más que devolver lo vivido, como una mala digestión de recuerdos de mi puño y letra,

para convertirlo, nuevamente, en un tomo apilado y lleno de polvo en las estaciones de trenes y aeropuertos.

Como siempre, entre página y página, los personajes de mi entorno real desaparecieron. Todos excepto ella: Soledad. Lo que había comenzado como un romance de verano, se convirtió en algo más serio. Puede que estuviese preparado para empezar una relación. No lo sé. Nunca lo he sabido. Ni con Soledad, ni con Blanca, ni tampoco con Patricia. Nunca se está preparado para esas cosas, pero el contacto frecuente genera vínculos entre las personas que dan pie a suposiciones, a cepillos de dientes en tu apartamento, a noches que se convierten en mañanas y, finalmente, un día despiertas y te han cambiado la cerveza por una bebida energética. Pero así era la vida. Como personas, estamos preparados y dispuestos para ello, para el cambio y para dejarnos cambiar, para querer y para que nos quieran, aunque sea un poquito, y yo lo necesitaba bastante.

El trabajo de Soledad me permitió encontrar mi espacio sin que ella cruzara las líneas rojas que lo marcaban. Dejé a un lado la bebida y a las malas compañías, aunque nunca cesé de deambular como un perro sin amo por las calles de la ciudad. Era un lobo solitario, de siempre. Me asustaba el compromiso por defecto, la necesidad de etiquetar las cosas de otra manera, porque vivíamos un momento lleno de cláusulas, libertades y permisos. Aborrecía todo aquello y Soledad parecía pensar igual. El único temor era que cambiase de idea.

Nuestra relación fue aflorando con lentitud. Durante nuestro viaje por la República Checa, ella me había transmitido sus deseos de formar una familia en un futuro y llevar una vida como el resto de parejas. Deseos que no eran los míos, pero que, tarde o temprano, si todo seguía así, terminarían siéndolo, por mucho rechazo que me produjeran. Al principio, tanto ella como yo, no hacíamos más que evitar las preguntas que rondaban por nuestras cabezas. Era lo más lógico y lo más práctico para evitar conversaciones que

terminarían en un acantilado, aunque no hacía falta ser muy inteligente para entender la incertidumbre de nuestras miradas. No nos conocíamos lo suficiente, pensaba yo, aunque desconocía cuanto tiempo se necesitaba para casarse con alguien. Al final, las personas cambian y toman direcciones en su día a día. Yo era el primero, así que no me quedaba más remedio que vivir bajo la certeza de mi instinto. Cada jornada, bajo las sábanas y alumbrados por la luz de la calle, estábamos a punto de naufragar. Así que, como Leonardo DiCaprio y Kate Winslet, nos acurrucábamos con fuerza escuchando los latidos de nuestros corazones.

Entonces, una mañana fresca de junio, los rayos entraban por la ventana y Soledad, la chica morena, de ahora melena larga, me despertó con el suave tacto de sus manos y la pistola guardada en el cinto.

—Hola, mi amor —dijo mirándome con sus ojos de chocolate. Ella estaba sentada junto a mí, a medio vestir, con la camiseta interior ceñida marcando esa figura delgada pero trabajada y que tanto me gustaba. Yo tenía el pelo alborotado como una fregona vieja y hacía un esfuerzo por entender lo que intentaba decirme. Agarré las monturas y la miré desde abajo.

—¿Qué ocurre? —Pregunté confundido—. ¿No vas a trabajar hoy?

Estúpido de mí, me esperaba lo peor.

—Sí —respondió con una sonrisa—. Estoy a punto de irme.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro —respondió. Su sonrisa parecía estática—. He estado pensando, Gabri.

Las conversaciones de pareja antes o después de que se pusiera el sol, era como jugar al ajedrez contra alguien que no había visto un tablero en su vida, y, en esa ocasión, esa persona era yo.

—Te escucho, Sol... —contesté sujetando su mano. Las sensaciones eran buenas, incluso a esas horas.

—Quiero vivir contigo —dijo y puso las cartas sobre el tapete. Así, sin más, con un arma bajo la axila por si tenía que llenarme el torso de plomo allí mismo. Pero ella no era así. Yo lo sabía. Por primera vez, a pesar de su carácter y la actitud distante de una mujer que se había ganado el respeto en un mundo de hombres, era consciente de que ella era diferente, por muy tópico que sonara. Puede que tuviera aquello que había buscado donde no debía. No siempre los tesoros se encuentran donde la cruz indica en el mapa.

—Ya lo hacemos.

—Oficialmente, digo...

Noté su voz resquebrajarse, pero no iba a dejar que eso sucediera. Me incorporé, la abracé y rocé su oreja con mis labios.

Sentí los latidos de su corazón. Era un gran paso. Algo desconocido. Estaba casi tan nerviosa como yo.

—Anda, llama a tu casero y dile que se busque a otra inquilina.

La razón por la que me encontraba en Lisboa solo, sin Soledad a mi lado, era únicamente laboral, al menos, hablando de forma legal. Gracias a la resolución del certamen y nuestra particular agenda, tuve la oportunidad de llegar a la ciudad una noche antes que ella. Así, de ese modo, tendría tiempo suficiente para ir a mi aire y husmear por los rincones sórdidos de la ciudad sin meterme en problemas. Con ella, no habría sido lo mismo, ya que era incapaz de dejar a un lado su instinto legal, un detalle que me proporcionaba seguridad aunque volvía mis jornadas ligeramente monótonas.

Lisboa se había convertido en una ciudad atractiva para el turismo español por sus precios y cercanía y para los europeos que buscaban un poco de sol y algo más que jamón serrano, vocerío y tortilla de patatas. Abierto a las maravillas de los locales, caminé unos metros por el cultural Chia-

do hasta llegar a la famosa escultura de Pessoa, una estatua de bronce del busto sentado en una mesa junto a uno de los locales más famosos de la capital: el café A Brasileira, emblemático lugar de reunión de intelectuales y punto de encuentro para los más avispados entre tanto turista curioso. Bajo mis gafas de sol y el semblante de Pessoa inerte y clavado en la boca de metro que había a escasos metros, me pregunté si algún día harían eso por mí en mi tierra. Si algún alcalde, con amor a las letras, mandaría a esculpir mi cara en un busto de bronce.

Lo dudé, pero no me importó en absoluto.

Era a lo que cualquier escritor aspiraba: su nombre en el de una calle, un monumento, un busto, un himno.

Después contemplé aquel cuadro de gente que entraba y salía del café, con la certeza de que no se habían leído ni un verso del portugués. Una vez enterrado, para eso quedaban todos, para un busto de bronce.

Allí, petrificado casi como el poeta luso, sentí una mano que me apretó el brazo desde atrás. En un primer instante, pensé que era uno de esos locos ladrones y tensé el bíceps. Entonces, escuché una voz.

—¿Caballero? —Dijo con una pronunciación aguda y misteriosa, lejos de ser española—. ¿Gabriel Caballero?

CAPÍTULO 2

Entre la muchedumbre y el bullicio del mediodía, un hombre esbelto de cabello corto, castaño como una avellana y peinado hacia atrás con brillantina, me miraba con atención. Lucía un bigote frondoso, un traje entallado propio de los años veinte y unas gafas redondas que lo hacían único y reconocible. Ante mí tenía a Jean-Luc Moreau, un escritor francés de Lyon afincado en París y que se llevaba la medalla de oro de *bon vivant* contemporáneo. Era la primera vez que nos conocíamos en persona y estábamos allí por lo mismo: disputar un premio, pasar unos días a gastos pagados y probar todo el vino portugués que nos dejaran. Aunque su obra era diferente a la mía, teníamos gustos parecidos relacionados con el buen comer, el buen beber y el jazz de los cincuenta. De mirada cálida y seductora, con una cicatriz que caía como una lágrima en el párpado de su ojo derecho, no tardé en conectar con esa mentira que todos los engañadores tienen tras las pupilas: Moreau era un borracho reconocido.

—*Oui* —dije en un francés de folleto—. *Je suis*.

El lionés sonrió y me estrechó la mano.

—¡Gabriel Caballero! —Exclamó de nuevo dándome palmadas en el antebrazo. Empezaba a sonar contundente—. ¡Tenía ganas de conocerte!

Para mi sorpresa, su español era mejor que mi francés.

—Lo mismo digo —respondí con una sonrisa—. Soy un gran admirador de tu obra.